

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID	
	Pesetas
Mes.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10
PROVINCIAS	
Tres meses.....	3
Ses.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar..	8 pesos
CORRESPONSALES	
25 números de EL MOTÍN.	2,50
NÚMERO DE EL MOTÍN	15 céntimos.

El Motín

ADMINISTRACIÓN
Fuencarral, 119, principal

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6.
En la Habana, Galería Literaria calle del Obispo, 55.

NÚMERO ATRASADO
15 céntimos.

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

29 DE SEPTIEMBRE

Honremos la memoria de todos los hombres que realizaron el movimiento revolucionario del 68, y lloremos el que no hayan sido sustituidos.

Pero no establezcamos comparaciones. La indignación que nos produjera la pequeñez de los de ahora, podría quitarnos la esperanza de ver restablecida en España la República.

RECUERDO TRISTE

—Allí viene otro emigrado—me dijo el ex capitán Casero, con quien estaba en unión de varios amigos en un café del boulevard Montmartre.—¿Quiere usted que lo llame?

—Sí—le contesté.

Hízolo, y se acercó un hombre, joven todavía, de regular estatura, semblante noble, muy pálido y demacrado, envuelto en una levita muy raída.

Casero hizo la presentación.—¡D. José Nakens!... ¡D. Julián Sanz, sublevado el 19 de Septiembre!...

Cambiamos algunas palabras de cumplido. Como se acercaba la hora de comer, Sanz se levantó para marcharse. Le supliqué que nos acompañara, accedió después de grandes ruegos, y entramos en un restaurant.

Le encargué del *menú*, y hubiéramos comido muy mal á no haberle rectificado cada plato. Tenía la mala costumbre de elegir por la lista de precios, y la torpeza de fijarse en los más baratos.

Quedamos citados para el día siguiente, pero no acudí.

Al tercer día tropecé con él. Se excusó como pudo, pero accedió á que pasáramos juntos la tarde.

—Estoy enfermo—me dijo.—Hagan pronto la revolución para que pueda morir en España.

Poco á poco fuimos intimando, y supe que, mientras el gobierno francés pasó un franco diario á cada emigrado, se había ido defendiendo. Pero después, con un real...

—¡Un real!

—Sí, eso recibimos.

—Pero D. Manuel...

—Hace dos años que no lo veo. Un día de mucha angustia leí en un periódico español que le habían enviado unos centenares de francos para los emigrados; fui á su casa, y al hablarle de ello, se incomodó. Me retiré entristecido. No había tratado de ofenderle con mi pregunta.

Calló. Yo tampoco me atreví á hablar, pero algo murió en mí en aquel instante.

—Más tarde—continuó,—dirigí á *La República* un comunicado que también firmó Soler (otro emigrado), solicitando la distribución de unos fondos. ¡Es tan exigente la miseria! Aquello dió pretexto á que se nos acusase de estar vendidos á la embajada. Míreme usted bien, y verá que me ha lucido poco la venta.

Y volvió la cara para ocultar dos lágrimas que asomaban á sus ojos.

—Pero, en fin, no hablemos de esto. El día que haya algo, me avisa usted: con el importe del tren en tercera, tengo bastante. Si hubiese tiempo, hasta iría andando, y bendeciría la bala que me tumbase sobre el suelo de mi patria.

Varié de conversación. Estuvimos juntos hasta muy tarde y nos despedimos con un abrazo.

Lo ví dos ó tres veces más, y al separarnos el día

que regresé á España, sus últimas palabras fueron: «Haga usted porque yo no muera aquí.»

Esto ocurrió á fines de Abril del 90. Cuando en Septiembre volví á París, donde solo estuve horas, no pude ver á Sanz, pero supe que estaba peor.

A los pocos días recibí una carta suya, dándome las gracias por el recado que Casero le había dado de parte mía, y poco después otra, fechada en el hospital. Ambas las conservo como recuerdo de un hombre honrado y de un patriota.

Allá á fines de Diciembre murió en el hospital.

¡Pobre Sanz! Me parece que aun le veo con su raída levita abotonada, su roseta en el ojal (que llevaba, decía, porque en Francia se pagan mucho de estas cosas, y por ver si compensaba con ella las deficiencias de su traje), animarse ante la idea de morir por la República, triste cuando hablaba de la causa de su rompimiento con el jefe revolucionario, cándido como un niño y llevando en su rostro pintados el sufrimiento, el hambre y el abandono.

JOSÉ NAKENS.

EL SR. PÍ EN GALICIA

Iré poco á poco ocupándome de lo que ha dicho el jefe de los pactistas en la región gallega, del efecto *verdad* que ha producido, y de lo que ha ganado la causa republicana con su viaje.

Vivas, música, Marsellesa, arcos de triunfo, banquetes, flores, todo lo que el entusiasmo puede inventar, se ha prodigado al Sr. Pí.

¿Cómo ha correspondido hasta ahora á esas manifestaciones? Pidiendo la unión bajo la base de que todos los republicanos nos hagamos federales.

Esto, si no es burlarse de los que lo aclaman, es algo peor, que por hoy callo.

Palabras textuales:

«No á la coalición, sino á la unión íntima de los partidos republicanos, deberían dirigirse todos los esfuerzos; y sin comunidad de principios, no hay que hacerse ilusiones, esta unión íntima es de todo punto imposible.»

Se equivoca el Sr. Pí. Para hacer la revolución, único objetivo de la unión republicana, no se necesita programa común de ninguna especie, sino un concierto que una las fuerzas para la lucha, fe en las ideas, jefes dispuestos á jugarse la posición y la cabeza, recursos para armar al pueblo, un directorio que organice é impulse, soldados que se subleven, algo de aquello que le sobraba á Rivero para imponerse en los primeros instantes y energía para tener á raya á los enemigos.

El Sr. Moreno Barcia, refiriéndose al Sr. Pí:

«Conviene siquiera que haya un hombre honrado en esta España política del presente.»

¡Un hombre honrado siquiera! En los partidos republicanos hay muchos, la mayoría; y todo el que vitorea á uno por honrado, ofende á los demás.

Si fuéramos tan revolucionarios como honrados, ha tiempo que estaría establecida la República.

El Sr. Pí no es ni más ni menos honrado que cualquier republicano que lo sea. Como hombre; que como político habría mucho que hablar.

El Sr. Pí reconoce que hoy existe libertad en España.

Se podrá discutir si la monarquía la ha concedido

por la propaganda legal de Castelar, ó por la actitud revolucionaria de Zorrilla. Lo que nadie será osado á decir es que el Sr. Pí ha influido para nada en que se conceda.

Dedicado á cultivar el árbol de su honradez en las dulzuras del hogar doméstico, le ha tenido sin cuidado cuanto aquí ha ocurrido. Solo cuando ha sospechado que peligraba su influencia, se ha lanzado á la lucha, pero no contra la monarquía, sino contra Figueras ó Zorrilla.

El día 14 de Octubre de 1872 dijo el Sr. Pí en el Congreso:

«No he tenido conocimiento de los sucesos del Ferrol hasta después que el movimiento ha estallado. Siendo universal el sufragio y libres la prensa y la tribuna, la insurrección deja de ser un delito. Esta minoría no aprueba la sublevación del Ferrol.»

Ahora ha dicho en la Coruña que gozamos de bastante libertad de conciencia y de pensamiento.

Luego el Sr. Pí, so pena de ponerse en contradicción consigo mismo, no puede coligarse con nadie para hacer la revolución.

La Democracia, del Ferrol, hablando de las declaraciones del Sr. Pí:

«A nosotros no nos satisfacen por completo. Quisiéramos más, mucho más, muchísimo más.»

Estamos así mismo conformes con la necesidad de tener un programa, un credo, un símbolo de fe común. Pero en esto último estriba la dificultad; se oculta tal vez el más lamentable de los fracasos.

¿Qué Espíritu Santo va á inspirar y redactar ese símbolo, ese credo, ese programa? ¿Los jefes? ¿No pretenderá cada uno que predominen sus propósitos? ¿Podrán llegar á un acuerdo entre ellos? ¿Y quién habrá de realizar ese programa?

El Pueblo. Si éste no lo hace, perdamos toda esperanza.

El Telegrama, de la Coruña:

«Las explicaciones del Sr. Pí, tan elocuentes como profundas, no satisfacen de una manera concreta á los individuos de las demás fracciones republicanas, por cuanto al unirlos para plantear la forma, les fuerza á adoptar su sistema de gobierno.»

No pudiendo sustraerse á satisfacer el deseo de unión que tienen los republicanos, ha inventado lo del programa común para que la unión no se haga. El recurso es burdo, pero mientras haya inocentes que lo aplaudan, vamos viviendo.

Los periódicos de Galicia elogian al Sr. Pí por haber renunciado á su cesantía de ministro.

Uno mis elogios á los suyos, por mas que descalabre á los ex ministros federales que la cobran.

Un periódico de Vigo dice que el pueblo ve en el Sr. Pí al Mesías que ha de redimirnos de nuestra abyección y nuestra vergüenza.

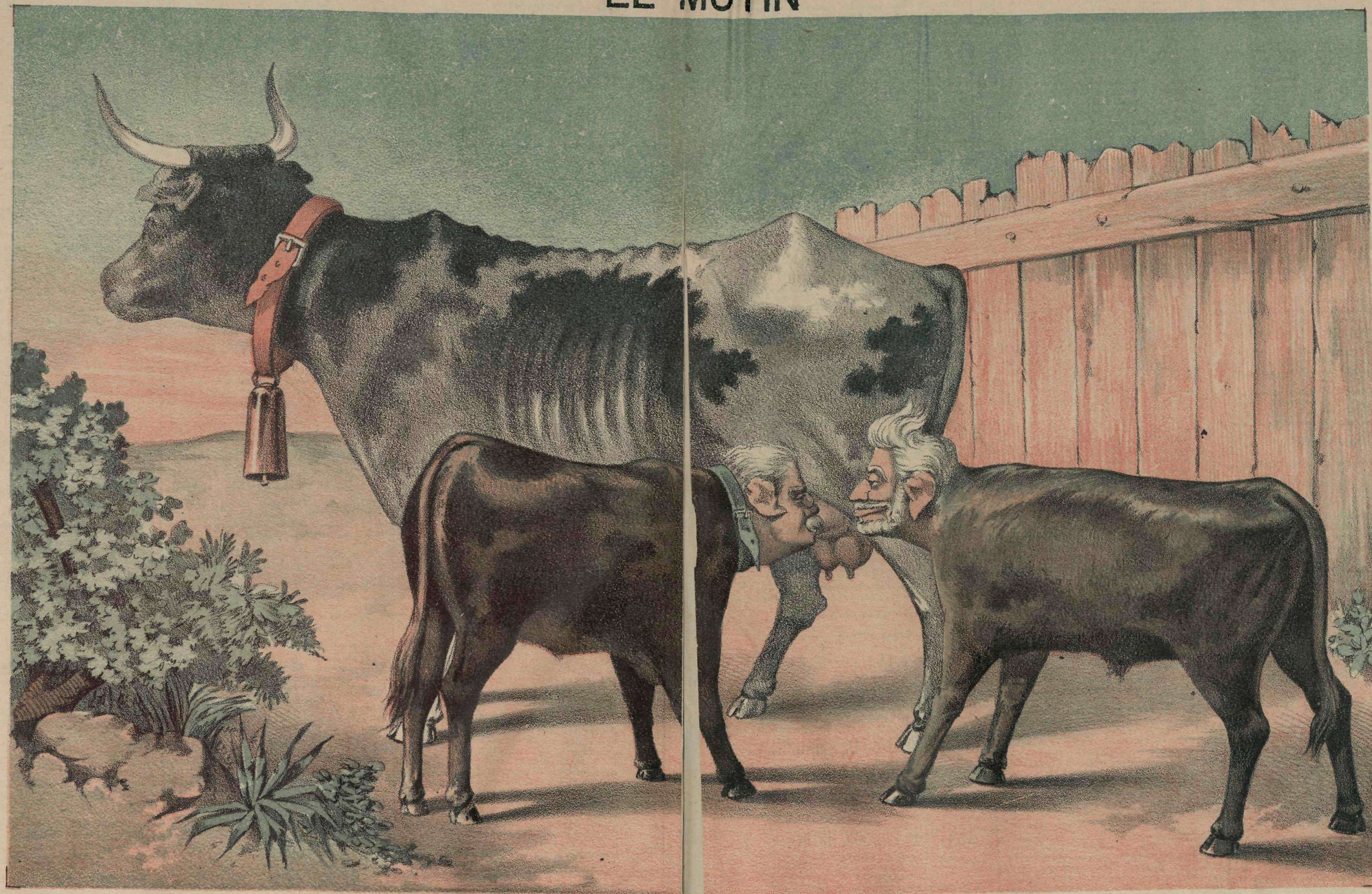
Pues moriremos como los judíos.

Bueno es que los jefes republicanos reciban grandes ovaciones y muestras de cariño y consideración por donde quiera que vayan. Pero realmente significan las ovaciones todo lo que decimos?

Entonces habría que reconocer que el hombre más popular de España es Sagasta, monárquico, ecléctico y doctrinario.

Y como esto no es verdad, hay que convenir en que las ovaciones tributadas al Sr. Pí, se han debido únicamente al deseo de unirnos para algo.

EL MOTIN



El turno pacífico de la lactancia.

Diga claramente en un discurso el Sr. Pi que se opone (como en el fondo así es) á la unión de los republicanos, y verá cuán respetuosa y fríamente lo despiden en Galicia. ¿A que no hace la prueba?

SOBRE BOSCH

Dice *El Resumen*:

«El alcalde de la capital de España debe levantarse todas las mañanas preguntándose á sí mismo:—¿Qué prueba dará yo hoy de haber perdido el pudor oficial y público? Y es seguro que, algunos días, al propio Sr. Bosch le costará trabajo idear una audacia nueva; ofrecer al pueblo madrileño, tan bueno y tan paciente, un motivo más de indignación ó de escándalo.»

Todavía se forma *El Resumen* ilusiones acerca de ese tipo, cuando cree que le costará trabajo idear audacias nuevas: el hombre que se pasa la mano por la cara, como se la ha pasado él hace tiempo, no se detiene por nada ni ante nada.

Dice después que Bosch es un alcalde inaudito, «de esos á quienes hay que significar el desagrado, no con indirectas ni con desprecios y frialdades, sino con la propia punta de la bota.»

Esto ya es más práctico. Solo que debemos tener los que vivimos en Madrid mucho miedo á que se nos rompan las botas, cuando aún no hemos usado de ellas. Todavía va á ocurrir lo que expresamos en una caricatura: que nos quedemos el mejor día descalzos en medio de la calle, porque las botas se salgan solas á enseñarnos nuestro deber.

Añade luego que «el pueblo de Madrid puede recluir su buena fama, sacudiéndose de encima de los hombros la tremenda acusación de El Morir, de que está por debajo de Bosch en materia de delicadeza pública.»

Tan á menos hemos venido en lo de tener nobles y viriles arranques, que las verduleras se creyeron obligadas á darnos una lección, y no la aprendimos.

La Bayoneta, periódico satírico, dice en su número-programa, que le han referido esta mentira: que el alcalde de Madrid acaba de realizar un negocio tan beneficioso, que le ha permitido colocar en el Banco dos millones.

Digamos con el ángel: ¡Ave María!

La renta de consumos ha bajado treinta mil duros en un mes.

¿Que si sé quién los ha robado? Sí.
¡Los ladrones!

El alcalde de Madrid ha nombrado jefe del resguardo de consumos á un anciano, cabezalla de la primera guerra civil, algo pariente ó deudo suyo. Cuenta le tendrá, y entre bobos anda el juego.

¡AL PUESTO DE HONOR!

Los republicanos deben volver al ayuntamiento á oponerse á las barrabasadas del alcalde.

El pueblo de Madrid los colocó de centinelas avanzados de sus intereses en el municipio, y el centinela debe morir antes de abandonar su puesto. ¿Que el alcalde les impedía hablar?—Cada llamada al silencio era para ellos un triunfo.

¿Que hubiera llegado Bosch al extremo de mandarlos prender?—Los antiguos procuradores se dejaban degollar por no votar los impuestos que los reyes pedían.

¿Que su dignidad estaba tal vez en peligro dentro de aquella atmósfera corruptora y mal sana?—Quien esto ha dicho, los ha ofendido. Mas aparte de esto, cabe preguntar: ¿A qué fueron al ayuntamiento sino á purificar esa atmósfera? Hermosa teoría la de huir de los sitios contagiosos. No es la que siguen los médicos en tiempos de epidemia.

¿Que obraron como hábiles y expertos al retirarse del ayuntamiento, por no sancionar directa ni indirectamente con su presencia las iniquidades que allí se han consumado y continúan consumándose?—El ciudadano que tiene el derecho de censura, y lo ejerce, no puede ser acusado de que sanciona las iniquidades contra las cuales protesta. El que calla ó huye, ese sí que puede serlo.

Los republicanos sabían que había inmundidades en el ayuntamiento, y precisamente por eso quisieron ser concejales: para remediarlas; que aquella atmósfera era impura, y se ofrecieron voluntariamente á respirarla; que habían de encontrar ruda oposición, y se vanagloriaron de sufrirla. ¿A qué viene ahora hablar de decoro que un Bosch no puede menos cabar, de dignidad que nadie arranca al que la tiene, de atropellos que no pueden extremarse hoy con los representantes del pueblo?

Hay que decirlo muy alto: los concejales republi-

canos de Madrid han huido al primer amago del enemigo, y tratan ahora de disculpar su cobardía invocando razones de dignidad y decoro.

Al ayuntamiento no fueron á triunfar, sino á hostilizar constantemente á los monárquicos; fueron á pelear como guerrilleros, no á ganar batallas como generales. Si no vuelven, tendremos derecho á creer, que es por haberse convencido de que no sirven para el paso, ni tienen soluciones, ni saben una palabra de asuntos administrativos.

El hombre que está fuerte en su derecho, y sabe lo que quiere y adonde va, no pierde la calma á las primeras de cambio; y en vez de lamentar las injusticias y los atropellos, los desea, y se alegra de que se los infieran, para alzarse potente, y, como dijo de Ríos Rosas el poeta,

Arrostrar el contrario clamoreo,
cuanto más acosado, más altivo.

NUESTRAS COSAS

La Voz del Pueblo, semanario republicano de Vitoria, dice aludiendo al Sr. Becerro, «que el perder lastimosamente el tiempo combatiendo hoy al carlismo, solo puede aprovechar á cualquier especulador político, que, á pesar de deber su acta de Diputado á los votos de los carlistas (que hoy por su ingratitud le vuelven la espalda), quiere que nos unamos todos los liberales contra los que le encumbraron, y que hagamos esa unión con el sólo objeto de asegurarle á él su representación parlamentaria; que los republicanos vitorianos no están dispuestos á hacer á nadie el caldo gordo, y mucho menos á quien, faltando á su palabra y escarneciendo sus mentidas convicciones, hirió en estas elecciones traidoramente al partido republicano del Censo; que el Sr. Becerro no tiene derecho á impedir á los republicanos acabar con la farsa reinante, pues ha sido dos veces Diputado por los votos de los carlistas y ha sido el único que ha pedido en el Congreso que sean elegibles los curas, esos ciudadanos partidarios casi todos de la reacción y principales sostenedores en su mayor parte de la causa de D. Carlos.»

Después le dice que «siempre pronuncia el mismo discurso; que tiempo era ya de que se relegase al desprecio á los que únicamente por satisfacer apetitos personales quieren llevarnos á inmorales contubernios, en los que queda poco menos que por los suelos la respetabilidad y buen nombre de los partidos republicanos; que los que no andamos en busca de actas ni perseguimos ningún cargo, no queremos nada con los monárquicos, ni con los republicanos que mantienen tratos con ellos.»

Por aquí no asoma ni la punta de la oreja la fraternidad consabida.

La Bandera Federal, de Valencia, habla «de republicanos aprovechados, patriotas de pega, cobardes que temen á la revolución por la estrecha cuenta que ésta pueda pedirles, momias de sucia historia, vividores que quieren dentro de la monarquía hacer iguales negocios que se proponen llevar á cabo cuando se realicen los ideales democráticos, flexibles de espina para los cuales ya ha llegado la República apenas ocupan su cargo de elección popular; enanillos bullidores, almas corrompidas, espíritus jesuíticos, que se valen de la palanca republicana para conquistar el misero garbanzo.»

En otro artículo titulado *¡Basta de farsas!*, habla «de republicanos que transigen con los arreglos, y que creen que una elección se gana con unos cuantos escopeteros bravucones que visiten los pueblos y que de paso repartán algunos centenares de duros; de hombres que únicamente pudieron figurar en el periodo revolucionario del 73 cuando los entusiasmos llegaron al último extremo,» con otras frases y apreciaciones por el estilo, mezcladas con censuras durísimas á *El Mercantil Valenciano*, á quien acusa de ser el que en Valencia impide la concordia entre los republicanos.

Creo que no habrá quien sostenga que los párrafos anteriores rebosan fraternidad.

Ha publicado la prensa una copia de los nombramientos de oficiales entregados á varios soldados en nombre de una supuesta *Junta Suprema de Guerra*.

Esto debe obedecer á manejos policíacos, pues no es creíble que ninguna fracción republicana se entretenga á estas alturas en jugar á las conspiraciones con soldados, ni con cabos ni sargentos.

Aparte de que eso de los nombramientos ha caído en desuso. Los que dió tiempo ha el partido progresista apartaron de la revolución á los militares verdaderamente republicanos. Quizás sin esa insignificante torpeza se hubiera hecho algo ya.

Uno menos en la lista de los hombres de convicciones é independencia: el Sr. Pérez Costales.

Hace pocos días lo elogió con motivo de sus declaraciones claras, concretas y rotundas, de hacer la unión con los jefes ó sin los jefes.

Hoy retiro mis elogios, de algún mérito porque no los prodigo, en vista de que ha carecido de valor para sostener sus ideas frente al Sr. Pi.

El ilustrado federal Sr. Sánchez Pérez ha dicho:

«Que existen entre nosotros divisiones, ¿quién niega eso? Justamente esas divisiones son síntomas de virilidad, de fuerza, de vigor, y no impedirán que en la hora precisa aparezcamos todos unidos para la realización de la obra común.»

Me alegro saber que nuestras divisiones significan todo eso, para fomentarlas hasta donde mis débiles fuerzas alcancen, á ver si de esta manera venimos más pronto.

Gran cisco en Barcelona entre los pactistas.

Mientras su jefe predica en Galicia la unión allá á su manera, los suyos en Cataluña se ponen como nuevos, se insultan, se amenazan y *ainda mais*. Por algo son autónomos.

¿Quién me compra un lío?

LA CARICATURA

La vaca: el país chupado por uno y otro mamón, próximo á la consunción, abatido y extenuado: Los chotos: los que han pactado en un sitio de recreo y movidos del deseo de vivir en la abundancia, el turno de la lactancia: D. Antón y D. Mateo.

PALOS Y PEDRADAS

Dice *La Crónica* que el Sr. Escartín, secretario especial del alcalde, es pariente por afinidad de los *Cívicos*, y añade:

«Los Sres. Cívicos son los jefes supremos de Consumos, con su Escartín ó cabeza visible, y nada importa que esos sujetos hayan sido mil veces sorprendidos como matuteros ni que se tengan noticias de sus relaciones de amistad con los secuestradores de Málaga. Esos son pelillos.»

Pero ¿qué? ¿Continúa todavía ese Sr. Escartín de secretario especial del alcalde, cobrando á la vez por el ministerio de Ultramar, donde está empleado?

Mas no lo extraño. El Sr. Escartín es, como vulgarmente se dice, *las manos* del Sr. Bosch en el ayuntamiento. ¡Y que manos! Activas sobre toda ponderación.

Dícenme que el Sr. Bosch ha enviado con un atento B. L. M. carteles del centenario á los concejales republicanos, que todos los han aceptado y que algunos le han pedido más.

No lo creo. Si por razones de dignidad y decoro no acuden al ayuntamiento, ¿cómo iban á olvidarse de ellos por unos carteles?

Sería ya el colmo de la farsa y de la desaprensión.

OBRAS NUEVAS

LAS MUJERES

POR

ALFONSO KARR

OBRA NOTABLE É INTERESANTE

DOS PESETAS

MADEMOISELLE DE MAUPIN

POR

TEOFILO GAUTIER

La obra más hermosa y más poética y más genial del ilustre autor.

PRECIO: TRES PESETAS

ALMANAQUE DE «EL MOTIN»

PARA 1893

UNA PESETA

A los suscriptores se les ha enviado gratis.

Los suscriptores directos á *EL MOTIN*, y los que en adelante se suscriban, pueden adquirir estas obras, y las demás de nuestra Biblioteca, con el *cuarenta por ciento* de rebaja, francas de porte. *Pago adelantado*.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.